

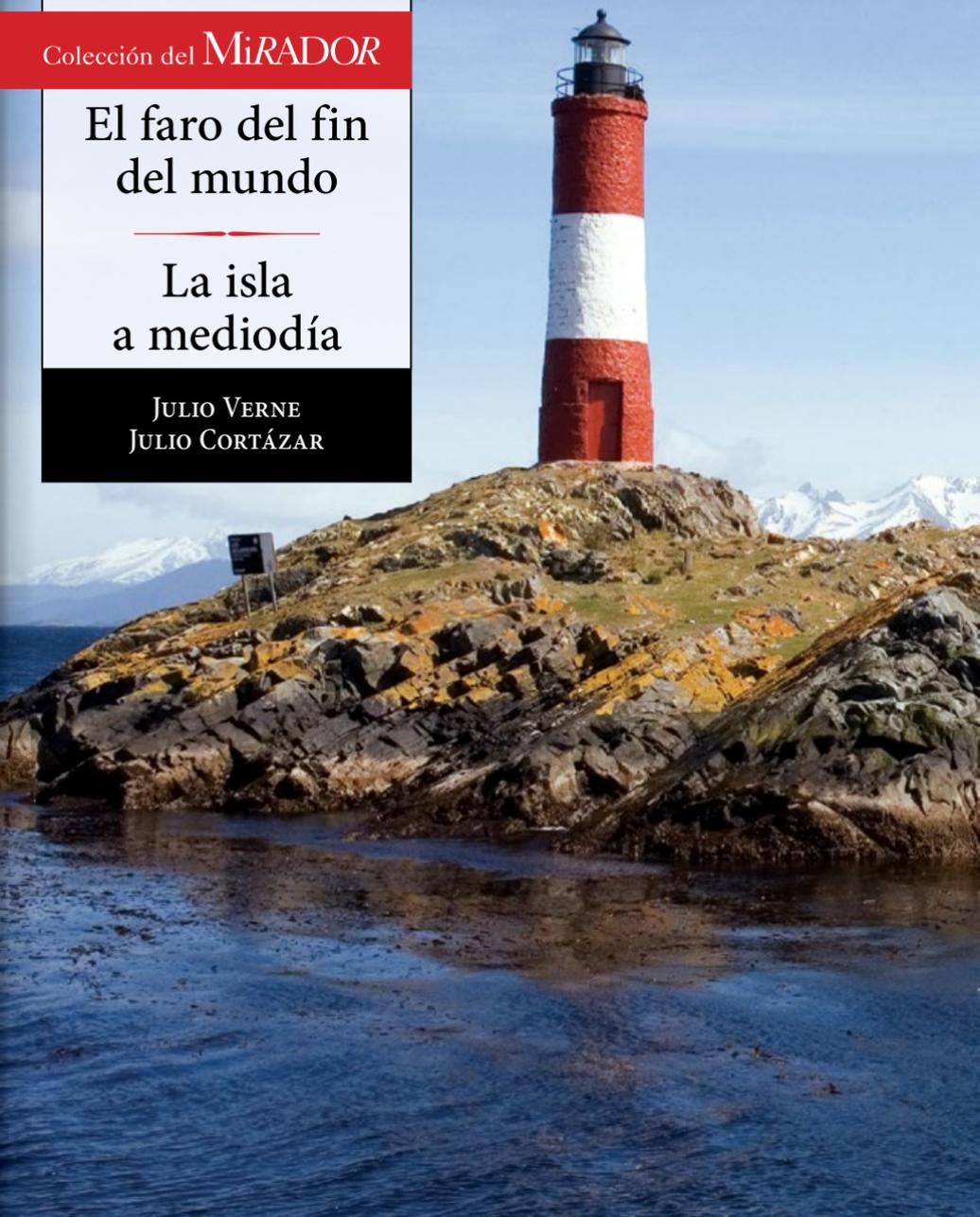
Cantaro

Colección del *MIRADOR*

El faro del fin del mundo

La isla a mediodía

JULIO VERNE
JULIO CORTÁZAR



Colección del *MIRADOR*

El faro del fin
del mundo

La isla
a mediodía

JULIO VERNE
JULIO CORTÁZAR

 Cantaro

Colección del
MIRADOR

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traducción: Cristina Piña

Compilación: Karina Echevarría

Secciones especiales: María Soledad Silvestre

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte y Diseño: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: Thinkstock

Verne, Julio

El faro del fin del mundo. La isla a mediodía / Julio Verne y Julio

Cortázar. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2014.

224 p. ; 19x14 cm. - (Del Mirador ; 254)

ISBN 978-950-753-407-2

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Novela. I. Cortázar, Julio II. Título
CDD 863

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2014

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-407-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

Parecidos pero diferentes

Los textos que integran este libro tienen algunos puntos en común. Son narrativos, en primer lugar: ambos cuentan una historia en cuyos escenarios se mueven personajes ficticios que deben sortear una o varias dificultades para reestablecer el equilibrio en un mundo narrado que, de algún modo, entró en crisis.

Por otra parte, el lugar donde transcurre esa historia, aun cuando no deja de ser materia discursiva (en tanto fue producto de una invención, del acto creativo de un autor que ha sabido construir con palabras un escenario sólido y posible) remite a espacios que efectivamente existen en el “mundo real”. La Isla de los Estados *realmente* está ubicada en el océano Atlántico Sur, muy cerca de la Isla Grande de Tierra del Fuego. Y asimismo, Grecia está repleta de islas inhabitadas como Xiros que, desperdigadas por el Mar Egeo, pueden verse desde el aire pero son inaccesibles para el turismo tradicional.

Cabe agregar, además, que en ambos textos la naturaleza ejerce una influencia decisiva sobre los personajes, quienes actúan en función de las condiciones climáticas o geográficas que el medio

les impone (en el caso de Vázquez) o sugiere (en el caso de Marini). Como sea, en sendos relatos la isla representa las dos caras de un mismo símil: mientras Vázquez está preso en ella, Marini cifra en Xiros sus ansias de libertad.

En los dos relatos resalta también la individualidad del personaje protagonista. Vázquez queda literalmente desamparado cuando los otros torreros, Felipe y Moriz, son brutalmente asesinados por la banda de Kongre, y si bien ya avanzada la trama aparece un nuevo personaje, John Davis, este no viene a eclipsar el protagonismo del héroe que seguirá tomando las decisiones y determinará, finalmente, el destino de los piratas. En este sentido, resulta conveniente para la trama y la construcción del personaje protagonista, que Davis haya sido no el capitán sino el “segundo” del buque náufrago, el *Century*.

Del mismo modo, en “La isla a mediodía” solo resalta la imagen de Marini. El resto de los personajes están configurados en un segundo plano, completamente ajenos al complejo mundo psicológico del protagonista. Así nos enteramos, como al pasar, de algunos hechos que podríamos presumir importantes (“Carla acababa de escribirle que había decidido no tener el niño”, por ejemplo) pero que en cambio no afectan en lo más mínimo al personaje. La enumeración de nombres femeninos (Tania, Lucía, Felisa) sirve asimismo a los efectos de hacernos ver que Marini, al frecuentar a tantas, no intima con ninguna.

Por último, vale la pena señalar una cuestión que trasciende el nivel textual; que se desprende, en términos de Genette¹, del epíteto (todo lo que es anterior o posterior a la obra, que se relaciona con los autores y los medios de difusión): Julio Cortázar admiraba a Julio Verne. Tanto, que en 1967 publicó *La vuelta al*

¹ Genette, G., *Umbrales*, México, Siglo XXI, 2001.

día en ochenta mundos, un libro que según él mismo reconoció fue “una especie de homenaje a Julio Verne que ha sido mi gran maestro (...). Y como además es mi tocayo, yo le tengo un cariño muy especial”². Y no fue el único homenaje: su cuento “Mi rayo verde” funciona como intertexto de uno de los libros menos conocidos del autor galo y que lleva el mismo título.

En muchas ocasiones, además, Cortázar lo menciona entre los recuerdos de su infancia. Ha contado de su decepción cuando un amigo suyo le devolvió un libro de Verne sin haber terminado la lectura por encontrarla demasiado fantasiosa: “Jamás renunciaré a la sorpresa escandalizada de ese minuto. ¿Fantástica, la invisibilidad del hombre? Entonces, ¿solo en el fútbol, en el café con leche, en las primeras confidencias sexuales podríamos encontrarnos?”³.

La anécdota —contada en numerosas entrevistas— de que un médico de su infancia había recomendado a su madre sacarlo a tomar sol y alejarlo de esos libros que lo hacían soñar con ser marino, con querer repetir las aventuras de los personajes vernianos, que se embarcaban rumbo al polo y llegaban a los glaciares, curiosamente se conecta con un episodio que registran los biógrafos de Verne, quien a los 11 años (de no haber sido interceptado a tiempo por su padre) habría embarcado en el buque *Coralie* rumbo a la India.

Con todo, la admiración de Cortázar no se tradujo en un mero acto de imitación. Al contrario, si Verne se esforzaba para presentar lo fantástico como un hecho perfectamente posible y sustentado por la ciencia más avanzada, Cortázar eligió el camino inverso: mostrar que tras el orden aparente de lo real

² Citado en la edición crítica de *Rayuela* de Ortega y Yurkievich, España, ALLCA XX, 1996.

³ Cortázar, J., *La vuelta al día en ochenta mundos*, Navarra, Leer-e, 2006.

se esconden leyes desconocidas que pueden poner en duda el mundo que nos rodea.

Y así lo vemos en los textos que integran este volumen: *El faro del fin del mundo* se configura como un relato realista y “La isla a mediodía”, en cambio, funciona como exponente de lo fantástico. Hay otras diferencias, además, que tienen que ver con el modo de organizar el mundo discursivo: el punto de vista del narrador, la construcción de los personajes y del mundo posible, entre algunos otros elementos propios de la narrativa. Pero la diferencia más evidente entre ambos textos tiene que ver con su estructura, con el “esqueleto” que sostiene la materia narrada: Verne escribe una novela y Cortázar, un cuento. Y aunque ambos géneros coinciden en innumerables cuestiones y tienen probablemente un origen en común, impactan de modo diferente en los lectores. A estos efectos, resulta ilustrativa una metáfora que Enrique Anderson Imbert recoge en su *Teoría y técnica del cuento*⁴: “La novela es una poderosa luz. El cuento, en cambio, es un destello”.

El cuento y la novela

El relevamiento histórico sobre los orígenes del cuento y de la novela coincide en un punto: las colecciones medievales que pueden abordarse, a la vez, como un conjunto de relatos breves o como una obra orgánica, total y acabada, en cuya estructura esos relatos se insertan.

En efecto, aproximadamente en el siglo XIV comenzaron a proliferar por Europa estas colecciones de corte realista que justificaban la inserción de relatos breves en un esquema imaginario

más complejo. Boccaccio, por ejemplo, en el *Decamerón* presenta a un grupo de personajes que abandona la ciudad de Florencia a causa de la peste y cuentan narraciones breves, mientras esperan, para entretener el ocio. Un trabajo similar al del autor italiano hicieron en España, Don Juan Manuel; en Inglaterra, Chaucer y en Francia, Margarita de Navarra. De este período resalta el hecho de que emerge la figura de un autor, de nombre conocido y respetado, lo que hace que el ejercicio de las letras empiece a configurarse como un oficio posible y honroso.

A medida que fue pasando el tiempo, fue ganando terreno el esquema más complejo y los relatos breves quedaron de lado: estaba naciendo la novela, tal y como ahora la conocemos. El término, sin embargo, no habría de acuñarse (en su sentido cabal, al menos) hasta tiempo después.

De hecho, aun cuando el género alcanzó su plena madurez con la publicación de *El Quijote*, hay en la obra cervantina numerosos indicios de que no había todavía una clara distinción entre las palabras “cuento” y “novela”. Así, se nos presenta el episodio del curioso impertinente como una novela (en tanto existe un manuscrito que motiva la lectura) mientras que la historia de la pastora Marcela es solo un cuento (porque un cabrero la relata a viva voz). En aquel entonces, la distinción tenía que ver con el canal de difusión y, en este sentido, el cuento se presentaba como un relato más espontáneo y la novela, en cambio, como una materia que requería mayor elaboración.

Cuando en 1642 el Departamento Puritano, en Inglaterra, comenzó a prohibir las representaciones dramáticas, el público se mostró receptivo a un nuevo modo de acceder a la ficción y la novela tomó mayor impulso. Con la consolidación de las estructuras burguesas y el avance del mercantilismo, la creciente alfabetización motivada por el uso de la imprenta y ascenso de las clases medias, la afición por el género se propagó por Europa.

⁴ Op. Cit., Ariel, Barcelona, 1992 (pág. 27).

El faro del fin del mundo

JULIO VERNE

Traducción de Cristina Piña.
Título original: *Le Phare du bout du Monde*.

Capítulo 1 Inauguración

El sol estaba a punto de desaparecer detrás de la línea de cielo y de mar que dibujaba el horizonte hacia el oeste. El tiempo era espléndido. Por el lado opuesto, algunas nubes pequeñas reflejaban los últimos rayos, que no tardarían en extinguirse en las sombras del crepúsculo, bastante extenso en esta latitud de cincuenta y cinco grados en el hemisferio austral.

Cuando el disco solar ya solo mostraba su parte superior, resonó un cañonazo a bordo del aviso¹ *Santa Fe*, y la bandera de la República Argentina, desplegándose en la brisa, fue izada hasta el tope del gran mástil del navío.

En ese instante, resplandeció una vivísima luz en la cúspide del faro, construido a la distancia de un tiro de fusil en la zona posterior de la bahía de Elgor, en la cual había fondeado el *Santa Fe*.

¹ Aviso: Buque de guerra que antiguamente (cuando no existían los sistemas de radio) se usaba para tareas de comunicación.

Dos de los torreros, los obreros agrupados en la playa y la tripulación reunida en la proa de la embarcación saludaron con grandes aclamaciones la primera luz encendida en aquella costa lejana.

Les respondieron otros dos cañonazos, que se multiplicaron en ruidosos ecos. Luego se arrió el pabellón, de acuerdo con el reglamento de los barcos de guerra, y se hizo nuevamente el silencio en aquella Isla de los Estados, situada en el punto de confluencia entre el Atlántico y el Pacífico.

Los obreros abordaron también el *Santa Fe*, para pasar allí esa última noche, y solamente permanecieron en tierra los tres torreros, uno de ellos, de servicio en la cámara del faro.

Los otros dos, en lugar de regresar al albergue, se quedaron conversando y paseando a lo largo de la bahía.

—Y bien, Vázquez —dijo el más joven de los dos—, mañana zarpa el aviso...

—Sí, Felipe —respondió Vázquez—, mañana mismo. Y es de esperar que tenga una buena travesía hasta llegar a puerto.

—¡Es muy lejos, Vázquez!...

—Es la misma distancia para regresar que para venir desde allí, Felipe.

—Me lo figuraba —respondió Felipe, riendo ante la respuesta de su compañero.

—Y sucede, mi muchacho —continuó Vázquez—, que a veces toma más tiempo venir que regresar, si cae el viento... Después de todo, quinientas millas no son nada del otro mundo cuando el barco tiene buena máquina y sabe llevar la lona.

—Y, además, el comandante Lafayate conoce bien la ruta.

—Que es muy sencilla, muchacho. Puso proa al sur para venir y proa al norte para volver; si la brisa continúa soplando desde tierra, podrá mantenerse al abrigo de la costa y navegará como por un río, el Río de la Plata o cualquier otro.

—Pero un río que no tiene más que una orilla —repuso Felipe.

—¿Qué importancia tiene, si es la buena? ¡Y siempre es la buena cuando el viento sopla a favor!

Notarán que a Vázquez le gustaba hablar en ese tono humorístico con su compañero.

—Justamente —respondió este—. Y si el viento salta a otro cuadrante²...

—Eso sería mala suerte, Felipe, y espero que el *Santa Fe* no la tenga. En quince días puede navegar las quinientas millas y fondear en la rada de Buenos Aires... Por ejemplo, si el viento empezara a soplar del oeste...

—No encontraría ningún puerto donde refugiarse, ni del lado de la tierra ni del mar...

—Exactamente, muchacho: ni un refugio en la Tierra del Fuego ni en la Patagonia. En ese caso, no queda sino adentrarse en alta mar para no varar.

—Pero, en mi opinión, Vázquez, el buen tiempo va a durar.

—También yo opino lo mismo. Estamos casi en los comienzos de la primavera, y tres meses por delante son, creo yo, suficientes.

—Además —añadió Felipe— los trabajos han terminado en muy buena época.

—Ya lo sé, muchacho, ya lo sé; a principios de diciembre. Como si dijéramos a comienzos de junio para los marineros del norte... ¡Son raros ahora esos golpes de viento que tardan menos en hacer naufragar un barco que en quitarte el sombrero! Y una vez que el *Santa Fe* llegue a puerto, puede soplar viento, rugir el huracán o arreciar una tempestad de mil demonios... ¡No se hundirán nuestra isla y su faro!

² Cuadrante: cada una de las cuatro partes en que se divide la rosa de los vientos (Norte, Sur, Este, Oeste).

—Claro que no, Vázquez. Además, cuando el aviso vuelva con el relevo, después de haber dado noticias nuestras allá...

—Dentro de tres meses, Felipe...

—Sí... tres meses..., encontrará la isla en el mismo sitio.

—Y a nosotros en ella —respondió Vázquez frotándose las manos, después de lanzar una larga bocanada de humo que lo envolvió en un espeso vapor—. ¿Sabes, muchacho? No estamos a bordo de un barco al que la borrasca zaranda. O bien, si es una embarcación, está sólidamente anclada a la cola de América y no se soltará... ¿Que estos parajes son malos? ¡Estoy de acuerdo! ¿Que los mares del cabo de Hornos gozan de una triste reputación? ¡Es justicia! Sí, son incontables los naufragios sobre sus costas y los raqueros³ no pueden encontrar otras mejores para hacer fortuna. Pero todo esto va a cambiar, Felipe: aquí está la isla de los Estados con su faro, al que ningún huracán, así soplara desde todos los puntos cardinales, logrará apagar. ¡Los barcos lo verán a tiempo para rectificar su rumbo! ¡Guiados con su luz, no correrán el riesgo de caer sobre las rocas del cabo de San Juan o de la punta Several, ni en las noches más oscuras!... Nosotros somos los encargados de mantener el faro, y lo haremos bien...

Había que oír a Vázquez hablar con esta animación, que reconfortaba a su camarada. Probablemente Felipe no consideraba tan a la ligera las largas semanas que habían de pasar los tres en aquella isla desierta, sin comunicación posible con sus semejantes, hasta el día en que fueran relevados de sus puestos.

Para concluir, Vázquez añadió:

—¿Sabes, muchacho? Después de cuarenta años de haber recorrido todos los mares del antiguo y el nuevo continente, como grumete, aprendiz, marinero, patrón... ahora que me ha llegado

la edad del retiro, no podía desear nada mejor que ser torrero de un faro. ¡Y de qué faro! ¡El Faro del Fin del Mundo!...

Y en verdad, en el extremo de aquella isla perdida, en las últimas tierras habitadas y habitables, ese nombre era muy apropiado.

—Dime, Felipe —prosiguió Vázquez mientras sacudía su pipa apagada en el hueco de la mano—, ¿a qué hora vas a relevar a Moriz?

—A las diez, y hasta las dos de la mañana...

—Bueno... Entonces yo te relevaré a las dos de la mañana y estaré de guardia hasta que amanezca.

—Convenido, Vázquez. Y por eso, lo más conveniente será que nos vayamos a dormir.

—¡A la cama, Felipe, a la cama!

Vázquez y Felipe subieron hacia la pequeña explanada en medio de la cual se alzaba el faro, y entraron en el interior de la torre cuya puerta se cerró tras ellos.

La noche transcurrió tranquila. En el instante en que albo-reaba, Vázquez apagó la luz que alumbraba hacia doce horas.

Las mareas, generalmente débiles en el Pacífico, sobre todo a lo largo de las costas de América y de Asia que baña el vasto océano, son, por el contrario, muy fuertes en la superficie del Atlántico, y se hacen sentir con violencia en aquellos lejanos parajes de la *Magallania*⁴.

Aquel día, la bajamar comenzaba a las seis de la mañana y al aviso le hubiera convenido, para aprovecharla, zarpar a esa hora. Pero los preparativos no habían concluido y el comandante no contaba con salir de la bahía de Elgor sino con la marea de la tarde.

³ Raqueros: buques pequeños comandados por piratas.

⁴ Magallania: se le llamaba así al territorio que había sido colonizado por Magallanes, aunque con el tiempo su significado se extendió a otras zonas aledañas.

Índice

Puertas de acceso	3
Parecidos pero diferentes	5
El cuento y la novela.....	8
Elementos de la narrativa.....	13
De literatura y viajes.....	21
La obra	
<i>El faro del fin del mundo</i>	23
Capítulo 1: Inauguración.....	25
Capítulo 2: La Isla de los Estados.....	37
Capítulo 3: Los tres torreros.....	49
Capítulo 4: La banda Kongre	63
Capítulo 5: La goleta <i>Maule</i>	77
Capítulo 6: En la bahía de Elgor.....	89
Capítulo 7: La caverna	103
Capítulo 8: La <i>Maule</i> en reparación.....	113
Capítulo 9: Vázquez	125
Capítulo 10: Después del naufragio	137
Capítulo 11: Los raqueros	149
Capítulo 12: Al salir de la bahía.....	163
Capítulo 13: Durante dos días.....	175
Capítulo 14: El aviso <i>Santa Fe</i>	187
Capítulo 15: Desenlace.....	199
“La isla a mediodía”	209
Bibliografía	221